

## LAS EDADES DEL ESPIRITU

Segundo Galilea, Pbro.

Estas notas sobre el itinerario espiritual cristiano han sido reunidas en el presente ensayo, sin otra pretensión que la de contribuir al tema, sobre el cual ya se habrán escrito o escribirán trabajos más completos. En este caso se ha dividido el itinerario espiritual en cuatro edades, siguiendo la analogía de las edades del hombre. En el recorrido de cada una de las edades del espíritu, se intercala a veces una breve reflexión pertinente, para ampliar algún punto que al autor le pareció significativo. En fin, este ensayo no es el producto de estudios, sino de la experiencia y de algo de inspiración. Podría clasificarse en el género de una fantasía cristiana...

### I La Adolescencia Espiritual

Hay varias maneras de designar las etapas de la vida espiritual. Todas ellas tienen mucho de verdad; todas ellas son insuficientes: el Espíritu Santo que conduce el alma humana no se deja encerrar en esquemas o "leyes espirituales". Es como el viento que sopla donde quiere, pero no sabemos de dónde viene y a dónde va (Jn. 3,8). Al usar las analogías de las edades humanas, nos sucede lo mismo. Como toda analogía, es aproximativa y a cada paso percibimos sus insuficiencias. Con esta cautela, dividiremos las edades del espíritu en la adolescencia, la juventud, la madurez y la edad de la sabiduría. Esta división ya revela dos diferencias importantes con las edades del hombre. Primeramente, la infancia espiritual no está al inicio, antes de la adolescencia, sino al final: es la cúspide de la vida cristiana, una de las características de la edad de la sabiduría. Jesús ha dicho que si no nos hacemos como niños, no podremos entrar en el Reino de los Cielos (Mt. 18,3), afirmando con ello que ciertas actitudes de la infancia nos son necesarias para participar de su amistad: hacernos pequeños y necesitados ante él, la docilidad y apertura a su palabra, la total confianza en el Padre Dios... La tradición se refiere a esto como "infancia espiritual", que paradójicamente requiere una gran madurez de espíritu. La segunda diferencia está en que la vejez, la última etapa de las edades del hombre, no existe en el itinerario del espíritu, cuya última etapa es la sabiduría, que va unida a un rejuvenecimiento del espíritu -la ya mencionada "infancia espiritual"-.

Sin embargo, una cierta analogía subsiste: la sabiduría humana es una característica de la vejez bien llevada y asumida; y la sabiduría humana es siempre la base de la sabiduría de espíritu. Inútil recordar que en las edades del espíritu, así como sucede en las otras edades del hombre o de la naturaleza, los momentos en que se pasa de una etapa a otra no son claros ni abruptos. La etapa que va a venir se va anticipando de a poco, y la que se deja se prolonga por un tiempo en la siguiente. Lo que hemos llamado adolescencia espiritual marca el inicio de un cristianismo interiorizado y en proceso de crecimiento: es decir, cuando una persona comienza a tener una espiritualidad. Hasta ese momento, ya sea porque la persona era niña o niño (edad en que el mundo religioso es aceptado globalmente y sin cuestionamiento, pero aun con poca capacidad de interiorización), ya sea porque su religión había consistido en prácticas más o menos rutinarias, en todo caso su cristianismo había quedado en buena parte exterior a su vida. El día en que Dios nos hizo descubrir que la religión es una vida interior que está llamada a crecer y a influir en todos los aspectos de la vida cotidiana, fué el momento de nuestra primera conversión. Un libro, una predicación, una amistad, unas reuniones... Dios se sirvió de muchas cosas. Interiorización y crecimiento. Estos descubrimientos marcan el inicio de un itinerario espiritual apasionante. Con la interiorización brota la oración personal, íntima, de tú a tú con Dios -más allá de la sola oración vocal-. Comenzamos a interesarnos por esta forma de oración, por mejorarla, por aprender algunos métodos que nos sirvan, y a menudo es la época en que aprendemos a orar leyendo la Biblia, y también aprendemos a rezar en cualquier lugar y circunstancia y no sólo en los lugares de culto (Jn. 4, 18ss). El descubrimiento de la fe religiosa como una vida llamada a crecer, nos llamará en adelante a preocuparnos por superar nuestros defectos y mediocridades y no tan sólo por evitar pecados deliberados. Es decir, la conversión como empeño permanente de la vida cristiana entra a formar parte de nuestra naciente espiritualidad. Esto nos lleva a descubrir nuestra verdadera realidad interior. Por una parte nuestros buenos deseos e ideales, y las cualidades y gracias que Dios nos ha regalado. (Aun no somos bien conscientes de que todo es gracia, y no se nos ocurre agradecer a Dios lo bueno que tenemos, como tampoco el don de la vida y de la fe). Por otra parte, nos hacemos más conscientes de nuestros pecados y defectos habituales, de nuestro egoísmo

latente y de que no hemos aprendido a amar, y descubrimos defectos que antes no percibíamos, junto con tentaciones y tendencias oscuras que antes no nos preocupaban y que a menudo no sabemos cómo manejar o controlar. El descubrimiento de este mundo interior de cizaña nos desconcierta. No sabemos evaluarlo ni discernirlo, ni cómo abordarlo: a veces vemos todo negro y eso nos desanima. Es la época en que comenzamos a hablar de estas cosas, así como de nuestro estado de espíritu en busca de luz y apoyo, con algún sacerdote u otra persona adecuada. Es también la edad del espíritu en que buscamos conocer mejor el cristianismo. Nos abrimos a la novedad cristiana. Comenzamos a leer algunos libros, por supuesto la Biblia, y procuramos orar y participar de la eucaristía con más frecuencia. En esta etapa solemos adquirir nuestra formación cristiana básica. Y para muchos es la etapa en que Jesús se descubre como un amigo. Ya no es sólo Dios; se nos revela en su humanidad y en su amistad y podemos iniciar con él una relación personal y afectiva. Sin embargo, esta edad espiritual es eminentemente voluble y a veces efímera, pues aun está dominada por los sentimientos y la devoción sensible. Si "sentimos" fervor, nos entregamos con generosidad a prácticas de piedad y a obras de caridad y servicio en algún grupo de Iglesia. Queremos ser santos y nos sentimos santos. En algún momento hasta consideramos comprometernos en opciones radicales: la vocación religiosa, las misiones, la inserción entre los pobres... Pero a menudo estos arranques duran poco, y al apagarse el fervor sensible todo se hace cuesta arriba y volvemos a nuestra tibieza anterior. Más adelante tendremos otra inyección de entusiasmo, y así sucesivamente. Estos cambios de fervor y práctica religiosa, a veces bruscos, hacen de la adolescencia espiritual, como su nombre lo sugiere, una etapa sumamente inestable. El corazón es inestable, pues aun está dividido y vacilante en la búsqueda de su verdadero bien y de su verdadera felicidad. Según el estado de su fervor sensible, a veces es atraído por Dios y a veces por los "ídolos" del mundo, realizando la palabra de Jesús "donde está tu tesoro está tu corazón" (Lc. 12,34). Pues los tesoros mundanos que dan una felicidad aparente y precaria son visibles y seductores: el Tesoro que da la felicidad verdadera y permanente está escondido, y se va descubriendo en todo su esplendor con la persistencia de la fe. Esta fe sólida y constante falta aun en la adolescencia espiritual. Porque a menudo el sentimiento religioso, que es voluble, ocupa el lugar de la fe. Y la fe no es un puro sentimiento, sino antes que nada una convicción de la inteligencia y una opción de la voluntad, inspirada y sostenida por el Espíritu Santo y la palabra de Cristo. El adolescente de espíritu necesita como nadie escuchar y meditar esta palabra, que lo hará avanzar decisivamente en su itinerario espiritual. Para ello no le basta leerla u oírla: tiene que hacerse transparente a ella, que es como hacerse transparente a Cristo. La transparencia de espíritu es condición indispensable para una verdadera conversión a Jesús. La transparencia es una virtud que va en dos direcciones. Por la primera nos abrimos y nos expones sin poner obstáculos ni ocultar nada a la luz de su palabra que desea llegar a lo más profundo de nuestra alma. Por la segunda, no le mentimos a Jesús -que es mentirnos a nosotros mismos- al querer negar o disimular las sombras que su luz revela en nuestro interior. Sin transparencia, sin sinceridad con el Señor, su Espíritu no puede penetrarnos para convertirnos a él y disipar esas sombras que no nos permiten acceder a la libertad de espíritu. La transparencia es una actitud de espíritu tan escasa como grata de encontrar. Es un valor que forma parte de la belleza espiritual de una persona, ese tipo de belleza que mejor nos ayuda a comprender y admirar la belleza de Dios. La transparencia requiere una larga educación y una calidad moral que no es fácil de encontrar. La transparencia radical es un valor contemplativo, pues es una actitud que nos trasciende, que no es posible adquirirla sólo por medios psicológicos e introspectivos: la auténtica transparencia es antes que nada el reflejo de la experiencia de Dios en una persona. Esta transparencia implica en nosotros una gran libertad interior, que a su vez implica una liberación de nuestras actitudes "mentirosas", internas o externas, conscientes o inconscientes. La libertad interior es hacerse "verdadero", vivir como se es en realidad, sin falsificaciones ni mentiras sutiles. ("La verdad os hará libres", ha dicho Cristo). Vivir en la verdad comienza con mi relación con Dios, relación para mí siempre luminosa ("En tu Luz veremos la luz", reza el salmo), y reveladora de mis mentiras, justificaciones y subterfugios. Esta transparencia contemplativa se refleja en la relación conmigo mismo y con los demás, pues soy con los demás como soy con Dios. No soy transparente por mi tendencia a aparentar, a representar un papel y ajustarme a él, a cultivar una imagen según la idea que tengo de lo que "debo ser" para los otros, o según lo que otros esperan que yo sea, y no según lo que en verdad soy. En todo caso el "yo ficticio" enmascara el "yo real". No hay transparencia. El yo real, el único que existe para mí y para Dios, el único que es amado por él, se ha disuelto en una máscara más o menos consciente. He perdido la libertad de ser yo mismo cuando mi imagen está en juego, ya sea ante los demás, ya sea ante mis propios ojos. Esta falta de libertad y transparencia se percibe cuando hago o dejo de hacer cosas o actitudes no tanto porque estén bien o mal

delante de Dios, sino porque eso se espera de mí en orden a conservar una imagen. La tensión por falta de transparencia entre el "yo real" y el "yo ficticio", puede ser una tentación sutil en personas que ocupan ciertos cargos, o bien que tienen reputación de ser virtuosas y espirituales. La gente espera ver en esas personas el ideal que, justa o injustamente, se han construido de ellas. Esas personas terminan ellas mismas por verse así, relegando su yo real al olvido. El peligro es vivir una sutil mentira, una falta de transparencia institucionalizada. Ya hemos recordado hasta qué punto la transparencia es importante para nuestra propia evangelización y nuestro progreso en el itinerario del espíritu. Uno de los efectos de la palabra de Dios y de la consiguiente acción del Espíritu Santo en el alma, es iluminar nuestras motivaciones para dejar el descubierto lo que hay en ellas de mentiroso o ambiguo. Pero si no somos transparentes la Luz no nos penetra, y no podemos darnos cuenta de lo que tenemos que hacer o evitar para crecer en libertad.

## II LA JUVENTUD ESPIRITUAL

La gran adquisición de la etapa "adolescente" había sido el "encuentro" con Jesús. Este se revela como amigo, como recurso y consuelo en las tribulaciones, como el que nos comprende y en el cual podemos confiar. Pero ya hemos recordado la carga sentimental que hace inconstante y poco profunda la relación con el Señor. Una de las características que va a marcar la etapa siguiente, que podemos denominar la juventud espiritual, es que la relación con Cristo va a estar cada vez más basada en la conciencia de nuestro discipulado, que nos lleva a tratar de imitarlo y seguirlo, y a trabajar por su causa. Jesús ya no es prevalentemente refugio, consuelo, amigo que me comprende, sino sobre todo ideal de vida. Estamos ahora más dispuestos a sacrificarnos por Jesús y por su causa, que es también la de la Iglesia. Antes recibíamos de la Iglesia; ahora queremos también aportar a la Iglesia, de la que nos vamos sintiendo parte activa. En esta etapa espiritual el amor cristiano se hace más fuerte y estable, pues está más arraigado en la voluntad que en sentimientos. Por eso es la etapa en que se está en condiciones de hacer opciones válidas, ya sea en el campo de las diversas vocaciones de la vida cristiana, ya sea en el campo de los diversos servicios apostólicos. El compromiso cristiano y el servicio al prójimo se descubren como esenciales a la espiritualidad, al igual que la dimensión social de la ética cristiana y sus consecuencias políticas. Hasta el punto que para muchos, el compromiso cristiano termina por identificarse con el trabajo por la justicia y por la liberación de los pobres, así como con los compromisos solidarios. En efecto, en esta edad espiritual, que está llena de entusiasmo, se acentúa la atracción por las opciones radicales inspiradas en el Evangelio. Este radicalismo se aprecia en la búsqueda de valores cristianos tales como la pobreza, la solidaridad con los pobres y oprimidos, o formas "fronterizas" de evangelización... Lo cual va a menudo acompañado de incoherencias entre lo que se piensa y se dice, y lo que realmente se hace. Es la etapa de una concepción heroica e intelectual del cristianismo, que nos lleva fácilmente a entendernos con los que piensan como nosotros, y a ser intolerantes con los que disienten, ya sea en la sociedad o en la Iglesia. Es la etapa de un agudo espíritu crítico: conocemos mejor la Iglesia, y tenemos más experiencia de sus riquezas y posibilidades, pero también de sus miserias humanas, de las que fácilmente nos hacemos críticos e intolerantes, y llevados por el idealismo, improvisados reformadores. Nos sobran ideales y generosidad, pero nos falta experiencia y también misericordia. Tenemos demasiada confianza en nosotros mismos y en nuestras posibilidades de acción, pero aún no conocemos profundamente ni a nosotros mismos ni la condición humana que pretendemos reformar, ya sea en la sociedad o en la Iglesia. Aun amamos más las ideas que las personas concretas (es una etapa en que leemos mucho, interesados más en ideas que en personajes o experiencias de vida), y nuestro sentido de las personas está condicionado por nuestra tendencia a calificarlas. Más que sus cualidades, su sabiduría y su caridad, parece interesarnos si son liberales, conservadores, progresistas, tradicionalistas, etc... Aun no hemos alcanzado la experiencia y madurez como para relativizar lo que las personas piensan, y valorar lo que ellas "son". Todo esto irá viniendo en la medida que vamos ingresando en la madurez espiritual. Pues uno de sus signos es una mayor experiencia de lo precario y variable de las calificaciones humanas, así como una toma de conciencia realista de las limitaciones y fragilidades de los hombres -que hace que éstos no cambien "por decreto" o por voluntarismo. Y apreciamos lo complejo y lento que es aplicar una buena idea, o realizar cambios profundos, sociales y religiosos. El voluntarismo de los inicios de la vida cristiana, se va purificando y enriqueciendo con la paciencia y el aprendizaje del ritmo de Dios. La juventud espiritual, entonces, junto con ser una edad en que se consolida la vida cristiana como seguimiento de Cristo, comienza a experimentar, a veces fuertemente, sus inadecuaciones, inseguridades e inconstancias, en el

camino de este seguimiento. Comenzamos a desconfiar del futuro de nuestra fidelidad, a pesar de nuestro genuino deseo de seguir al Señor. Es el momento de profundizar la naturaleza de este seguimiento, de purificarlo de autosuficiencias, voluntarismos, impacencias, con sus secuelas de desánimo y temores. Lo que Jesús nos propone al llamarnos, es hacer camino junto con él, poniendo en él toda nuestra confianza. De parte nuestra, esto requiere comenzar a ser humildes. Pues el comienzo de la humildad consiste en no vivir para sí mismo, en no caminar solo, en desconfiar de sí mismo y sentir que verdaderamente necesitamos a Cristo. Este es el inicio de la humildad: aceptar a Dios en nuestra vida, en nuestro origen, en nuestra meta, en nuestro recorrido. Y aceptar todo lo que viene de él, como anticipo de la felicidad plena que él me ofrece. Pues la humildad que en esta etapa de nuestra vida debemos adquirir, descansa en la confiada dependencia de Dios: es una relación con Dios antes que una relación con los demás. Si somos arrogantes y menospreciamos a los demás, es porque primeramente nos situamos mal ante Dios. Sin un abandono confiado en Jesús que nos llamó, no hay seguimiento posible, pues seguir a Cristo no es un logro nuestro: es dejarnos llevar por él, sin ponerle obstáculos, aunque no veamos por dónde vamos. Pues forma parte de toda experiencia de seguimiento, el muchas veces no saber por dónde nos conduce Dios. El horizonte que nos propone Jesús al llamarnos no es nuestro propio horizonte: nosotros vemos lo inmediato y él va siempre más allá. Por eso muchas veces no sabemos de cierto hacia dónde vamos y por dónde vamos: nuestro horizonte personal es oscuro, como lo son también muchos tramos del camino que recorreremos. Si miramos al presente, no siempre sabemos dónde estamos, pues no siempre sabemos bien lo que queremos. Tampoco podemos decir que nos conocemos y nos entendemos cabalmente. ¿Quién puede decir que se conoce y entiende completamente, y que en este sentido se posee a sí mismo? Nuestras reacciones y sentimientos a veces nos sorprenden, y no siempre estamos seguros de las motivaciones y purezas de intención con que hacemos las cosas, a causa de nuestras ambigüedades... Como dice el Salmo, "¿Quién conoce sus pecados ocultos?". Ni siquiera estamos absolutamente seguros que seguimos a Jesús y que hacemos su voluntad, pues si bien deseamos hacerlo, no quiere decir que de hecho lo hagamos... Una vez más, para seguir a Cristo dejándonos llevar por él, necesitamos confianza y humildad. Debemos aceptar el no saber con certezas si, a pesar de nuestro deseo sincero, nos dejamos guiar por él, o si le agradamos. Al mismo tiempo debemos confiar en que Jesús se conforme, si me mantengo humilde, con mis deseos de seguirlo y agradarlo. Debemos aceptar que nuestros pecados y errores son partes de nuestro "yo" y de nuestra realidad, y que serán parte de nuestra historia -como lo será igualmente todo el bien que hacemos y haremos-. En nuestro interior vive un "hijo pródigo" reincidente, y en vez de avergonzarnos de él y pretender que no existe, debemos cambiar esa actitud en agradecimiento al Señor que nunca dejó de acompañarnos. Y si muchas veces no sabemos a dónde vamos ni logramos comprendernos, y si comenzamos a carecer de planes y proyectos ambiciosos, debemos saber que El no nos abandonará ni nos dejará solos con nuestras inadecuaciones e inseguridades en nuestro esfuerzo por seguirlo. En la juventud espiritual somos vulnerables a no tener suficiente misericordia. Misericordia con los demás, dada nuestra intolerancia y exceso de espíritu crítico, y nuestra tendencia a valorar las ideas más que las personas. A veces la misericordia que mostramos con los pobres y oprimidos, nos hace inmisericordes con los que no parecen compartir nuestras opciones. A veces también la falta de misericordia, desgraciadamente, no se limita a nuestra relación con los demás. (Y esto es pertinente en cualquier edad de la vida del espíritu). Pues la misericordia -o la falta de ella- termina por proyectarse sobre nosotros mismos, y sobre Dios. Es decir, nos cuesta perdonarnos nuestras propias miserias, y esa actitud la trasladamos a Dios: también dudamos de su misericordia para con nosotros, y del perdón que permanentemente nos ofrece. En algunas personas, ello conduce al alejamiento de Dios, por una especie de cuestionamiento radical de la fe y la esperanza. Para muchos, ésta suele ser la etapa de los grandes cuestionamientos en torno a la fe y en general a la religión. Y dadas las características "radicales" de esta edad del espíritu, algunos abandonan la fe, y otros toman el camino de la santidad... Estos cuestionamientos son a veces inevitables, dado que es una etapa particularmente caracterizada por el interés por las ideas, las personas diferentes, y por las diversas expresiones de la cultura vigente. Queremos autonomía, vivir y experimentar: de ahí que caemos bajo múltiples influencias distintas y novedosas: filosóficas, ideológicas, éticas, religiosas o pseudoreligiosas... Nos hacemos sensibles a las corrientes y a las modas, que en los tiempos que corren se identifican a menudo con la atracción por el mensaje pseudomístico de las sectas, o de las grandes religiones del Oriente... Con todo, la edad de la juventud espiritual tiene cualidades y dones de Dios que la capacitan para superar todas sus tentaciones típicas. Pues es la edad de la generosidad y de la heroicidad. Difícilmente tendremos más tarde su tremendo idealismo, y su decisión y prontitud para decirle "sí" a Dios sin pensarlo dos veces, sin

calcular. La juventud espiritual es la edad de las grandes opciones del espíritu. Es usualmente la época en que la vida cristiana va a tomar su rumbo decisivo, porque es la edad de los grandes amores e ideales, en que la santidad y las entregas totales tienen el mayor atractivo. Y es la edad en que habitualmente se opta por consagrarse a Dios, o por hacerse misionero o misionera, o por el voluntariado profesional entre los pobres del "cuarto mundo"...

### III LA MADUREZ ESPIRITUAL

En la etapa de la juventud espiritual, la vida cristiana ha tomado un impulso y un dinamismo decisivo. Los valores evangélicos se han transformado en ideal de vida, y se han tomado opciones y compromisos importantes. Lo que faltaba era la madurez de la experiencia, que permite hacer una síntesis entre sus tendencias contrastantes: generosidad y mediocridad, logros y fracasos... La experiencia de todo esto, acogida e integrada, ha ido purificando el orgullo y la autosuficiencia, pero sobre todo la fe y la caridad. Pues la vida cristiana madura y crece en la medida de la maduración y crecimiento de la fe y la caridad. Pero no se madura sin pasar por crisis; la fe y la caridad no pueden purificarse y crecer sin pasar por las crisis de la aridez y de las "noches". De ahí que la transición y el acceso a la madurez esté caracterizada por las crisis de crecimiento. Los clásicos de la espiritualidad han llamado a estas crisis de transición -que pueden extenderse por largo tiempo- el "demonio del mediodía", o la "acedia" (cansancio de espíritu). Sus síntomas son característicos, y todos invitan, de diversa manera, a aferrarse a la fe, y a las motivaciones de acción inspiradas en una caridad orientada por la voluntad y no por los sentimientos. Se pierden muchas falsas ilusiones sobre uno mismo y sobre lo que se ha hecho hasta ese momento. Nos vemos tal como somos, sin muchas virtudes que mostrar, a no ser las que Dios nos ha dado y que nosotros hemos en gran parte desperdiciado. Comenzamos a sentirnos pecadores de verdad y no de palabra, y en nada mejores que los demás. Nuestros propósitos y construcciones espirituales no han resultado, y pareciera que tan solo nos quedan nuestros buenos deseos. En cuanto a nuestras realizaciones, aun en las de servicio fraterno y pastoral nos parece que no hemos hecho lo suficiente, o que hemos perdido el tiempo, o que nos hemos buscado a nosotros mismos. Nos invade la decepción, el cansancio y el desánimo. La crisis está ahí, como tentación a la mediocridad y a la instalación y a acomodarse en un conformismo "correcto". Pero sobre todo la crisis, más allá de la tentación, envuelve la gracia de una llamada a una purificación y conversión de la fe y de la caridad, que sitúan al creyente en el umbral de la madurez espiritual. La edad de la madurez de espíritu corresponde a una fe basada primordialmente en la palabra de Dios y en las promesas de Cristo. Las crisis de las que hablábamos se superan por una nueva conversión, que integra justamente Palabra y la Promesa como cimiento de la fe, en adelante purificada y animada por la caridad. La madurez es la edad del espíritu en que uno se hace más apto para dar, para formar a otros, para comunicar la experiencia adquirida. Es la etapa en que el servicio a los demás, la evangelización y toda forma de compromiso cristiano se realizan con más profundidad y serenidad. Incluso los fracasos pasados han servido para purificar el activismo, la agitación y el ansia por los resultados, y el exceso de confianza en los medios de acción. De igual modo, las actividades adquieren una continuidad y una constancia, y una capacidad para vencer los obstáculos de las que antes a menudo carecían. Se percibe con mucha más claridad que la evangelización, la formación, la educación humana y de la fe y cualquier acción en la comunidad, para ser eficaces requieren persistencia y paciencia, pues hay que darle suficientemente tiempo a Dios para que haga su trabajo. El poder salvador de Dios que actúa en el corazón de los hombres, llevándolos a la conversión y, a través de ellos, reintegrando en la caridad toda la condición humana, actúa progresivamente, con la lentitud del crecimiento. La evangelización, la conversión, el advenimiento de la fraternidad y la justicia, no siguen el camino de lo espectacular y de los cambios rápidos y casi milagrosos -como nos habíamos imaginado cuando comenzamos a trabajar por el Reino de Dios. Esta percepción nos libra de los desánimos y decepciones que producen la lentitud y el aparente fracaso del apostolado, y los va substituyendo por la confianza en el poder de Dios, que actúa con criterios que no siempre son los nuestros. En la edad de la madurez espiritual, madura también el sentido del tiempo, y el valor del tiempo en la vida humana y cristiana. Nos hacemos más sensibles al paso del tiempo, y al hecho que tal vez no nos queda tanto tiempo por delante. Nos hacemos más responsables ante el uso del tiempo, y junto a eso, apreciamos su valor en el mejoramiento y maduración de todas las cosas, así como de la vida del espíritu. Con respecto a lo que Dios hace de nosotros en nuestro crecimiento y a través de nuestras actividades, comprendemos más claramente que Dios trabaja a través del tiempo, y que necesita que en todo eso le demos tiempo. El tiempo es lo que necesita Dios para

convertir, purificar, iluminar y liberar a los seres humanos. El tiempo es la respuesta de Dios a la miseria humana, que desea superarse y ser mejor, en un esfuerzo a menudo lento y frustrante. "Señor, quítame esta crisis, esta debilidad. Yo trato una y otra vez, y no parezco conseguir nada". Si Cristo hoy me hablara, me diría: "Dame tiempo. Dame tiempo, pero tú sigue persistiendo. ¿No ves que estás aprendiendo a ser paciente y misericordioso como yo?". El tiempo es la respuesta de Dios a las quejas que le dirigimos -pues la queja puede ser una forma de oración, como nos enseñan los salmos. "Señor, ¿hasta cuándo seré en esto tentado?... ¿Hasta cuándo triunfarán los malos?... ¿Cuándo hallará justicia el oprimido?... ¿Cuándo nos librarás de los males que nos acosan? Y Cristo nos contestaría: "Dame tiempo". Al proceder por crecimiento y maduración en el tiempo, Dios demuestra más paciencia que nosotros. El secreto está, una vez más, en imitar a Dios. Imitar su paciencia y confiar en el tiempo, que a veces nos parece perdido, pero que es el tiempo de Dios, que él necesita para fecundarnos con su palabra y su gracia -para que exterminemos la cizaña y produzcamos, en cambio, ciento por uno de trigo. La madurez espiritual es la etapa en que la vida cristiana se consolida y en la que adquirimos una síntesis personal; nuestra espiritualidad adquiere características propias y personales. Las personas ya no nos influyen tanto, o lo último que escuchamos, o el último libro que leímos. Más bien releemos los mismos libros, aquellos que para nosotros han sido fundamentales. Y sobre todo hacemos de la Biblia, de los Evangelios, nuestro libro diario y preferido. Ya no seguimos a personas y a modelos humanos, como ocurría necesariamente en las primeras etapas de la espiritualidad: percibimos que el Espíritu Santo va tomando más claramente la dirección de nuestra vida. Lo mismo ha sucedido en el orden de la actividad. Nos dispersamos mucho menos y nos concentramos en lo que hacemos bien, pues hemos tomado conciencia tanto de nuestros límites como de nuestra vocación personal en la vida. Miramos con cierto escepticismo nuestras actividades pasadas, lo cual, unido a la valoración del tiempo y de la paciencia que hemos ido adquiriendo arduamente, nos hace preguntarnos sobre el valor que ha tenido nuestra vida, el valor de lo que hemos hecho, y el valor de nuestros proyectos futuros. Y en la medida que crecemos en madurez, el sentido de "mi vida" concreta entra en una cierta crisis. Por una parte nos damos cuenta que nuestra vida no ha sido lo que Dios quería, y nos parece que la hemos despreciado, y por otra parte queremos vivir la vida que nos queda con su verdadero sentido y densidad cristiana. Esta etapa del espíritu es la hora en que lo que nos interesa más es el sentido de nuestra vida en sí misma. La madurez espiritual contiene una paradoja. Por una parte se ilumina el sentido de la vida, lo cual hace que las personas comiencen a valorar el "ser" más que el "hacer", es decir, la calidad de vida cristiana se valora más que los logros, los cargos importantes o los títulos que se han ido adquiriendo -todo esto ya no nos impresiona-, ni en nosotros ni en los demás. Pero por otra parte, es la edad del espíritu en que mejor se actúa, y la más apta para enseñar, comunicar, transmitir espíritu y experiencia. Es la etapa en que más se influye en los demás (a menudo sin saberlo ni quererlo) y en que se hace discípulos sin pretenderlo. Lo que sucede es que el "ser" y el "hacer" se van integrando, en el sentido que lo que hacemos está más de acuerdo con lo que somos, en contraste con las edades anteriores, en que mostrábamos o hacíamos más de lo que éramos... Es decir, la acción va tomando las características del "ser" cristiano. No importa tanto lo que hacemos como el amor con que lo hacemos, y por Quién lo hacemos. Valoramos cada vez más la calidad y significación para los demás de lo que decimos o hacemos, lo valoramos más que la cantidad de cosas que hacemos o decimos, a menudo dispersas y sin trascendencia. Y le damos más importancia a la profundización de la acción, que a su brillantez o variedad.

#### **IV LA SABIDURIA ESPIRITUAL**

La sabiduría espiritual es la cima y la consolidación de la madurez de espíritu. No es su "envejecimiento", ni coincide necesariamente con la edad humana de la vejez; hay y ha habido creyentes jóvenes con sabiduría de espíritu, y ancianos creyentes que no la tienen. Es verdad que hay analogías entre las edades humanas y las edades del espíritu, sobre todo después de sus primeras etapas, y en el caso de la sabiduría espiritual, el atardecer de la vida asumida con sabiduría humana hace apta para alcanzar mejor la sabiduría del espíritu. La sabiduría de que hablamos va más allá de la inteligencia, el buen criterio, los conocimientos acumulados o la experiencia. Todo esto prepara la sabiduría espiritual, pero no la substituye. La sabiduría es una cualidad especial en sí misma, una especie de "sexto sentido" del espíritu, que reúne en una síntesis superior e intuitiva lo ya adquirido, y que viene a nosotros sólo por obra del Espíritu

Santo. El acceso a esta forma de sabiduría es coherente con las últimas etapas de la vida del espíritu, caracterizadas por una progresiva "pasividad", en el sentido que la acción del Espíritu es el alma es más directa y ostensible. El acceso a la sabiduría de espíritu significa que Dios se ha constituido en el directo y principal guía espiritual de la persona; los guías humanos continúan, pero mayormente para ayudar a discernir y apoyar la acción de Dios en esa persona. La sabiduría es por lo tanto un don; no todos lo reciben, o no lo reciben en el mismo grado o manera. Para algunos, la edad de la madurez será la más preponderante en sus vidas. Y así leemos en el Libro de la Sabiduría: "Oré y me fue dado el entendimiento; pedí intensamente y el espíritu de la Sabiduría vino a mí... Consideré como nada a la riqueza comparada con el... al lado de la Sabiduría el oro es un poco de arena, y la plata como barro" (Sab. 7,7-9). En esta edad del espíritu se reciben muchos dones, pero todos ellos, en alguna forma, son consecuencia de esta sabiduría. "Ella trajo consigo todas las otras cosas buenas y riquezas incontables. Me regocijé con todo lo que vino de la Sabiduría, son saber que ella era su madre" (Sab. 7,11-12). Pues la sabiduría espiritual es la proyección de la Luz eterna de Dios en nuestras vidas. "Ella es el reflejo de la Luz eterna, el espejo puro de la acción de Dios y la imagen de su bondad... su irradiación nunca muere" (Sab. 7,26.10). El don de la sabiduría como proyección de la Luz de Dios en el hombre, irradia necesariamente belleza interior -pues la belleza es luz y resplandor de la verdad y del amor- que viene a ser una característica de esta edad del espíritu: es la etapa de la vida cristiana en que con mayor propiedad se puede hablar de la belleza de un alma; en la que el testimonio cristiano se hace más connatural y atractivo. "En verdad la Sabiduría es más hermosa que el sol y sobrepasa todas las constelaciones; supera la luz, pues la luz de lugar a la noche, pero el mal no puede prevalecer contra la Sabiduría" (Sab. 7,29-30). La sabiduría es causa y resultado de una progresiva simplificación de la espiritualidad; va proyectando en nosotros la simplicidad y eternidad de Dios. Al crecer en ella, nos vamos adecuando a la visión y valoración que Dios tiene de las cosas creadas. Por una parte iluminamos con esta luz todas las cosas, particularmente las que tienen relación con nosotros. Las ponemos en la verdad, las relativizamos. Así sucede con nuestras actividades, con nuestros éxitos y fracasos, con las circunstancias y cambios que afectan nuestra vida, la vida de nuestro pueblo o la vida de la Iglesia -a los que antes dábamos una importancia excesiva, confundiendo lo contingente con lo esencial. Adquirimos paz y serenidad establemente, puesto que la paz profunda es una chispa de la Sabiduría eterna de Dios que ilumina nuestra alma. Todo esto significa que nos hemos hecho más contemplativos. La contemplación como calidad de vida cristiana es precisamente eso: proyecta a la vida y a la acción nuestra experiencia de la presencia amorosa de Dios en nosotros, valorándolas según la luz de esa presencia de Sabiduría. Nos hacemos más contemplativos porque confiamos más; porque nos hacemos más lúcidos para reconocer la mano de Dios en todo lo que nos sucede, y para agradecerlo; porque valoramos más la oración gratuita, de adoración y de acción de gracias... La contemplación no es sólo la oración, o un nivel de la oración. Va invadiendo la vida cotidiana, conduciéndonos a una "sabiduría de la vida", donde la luz del Espíritu de la sabiduría nos guía en todos los avatares de la existencia. "En tu Luz veremos la luz" (Sal. 35,10). Esta sabiduría contemplativa en la vida nos da ese "sexto sentido", al que nos hemos referido más arriba, que es el sentido de Dios. Por el sentido de Dios nos adecuamos a la visión de Dios sobre el valor de las cosas y los acontecimientos. Adquirimos luz y sabiduría para su lectura e interpretación (la lectura evangélica de los "signos de los tiempos") y para discernirlos. Pero sobre todo el sentido de Dios es una luz al servicio de los demás. Aquí el discernimiento alcanza su mayor nivel y delicadeza: el discernimiento de espíritus. si en la edad de la madurez espiritual nuestra acción y nuestro aporte a los otros alcanzaba su mayor solidez y envergadura, en la edad de la sabiduría encontraremos los mejores consejeros y guías espirituales. "Dios me concedió hablar con discernimiento y reflexionar de acuerdo a los dones recibidos, pues El es el guía de la sabiduría y dirige a hombres sabios" (Sab. 7,15). El "sabio" de espíritu es el mejor guía espiritual: agrega a la cultura

y a la experiencia el don de la sabiduría. Con su sentido de Dios busca realmente la acción de Dios en los demás y no sus propias ideas, y sabe así discernir lo que el Espíritu va concediendo, y a la vez pidiendo, a las personas. Y más que un "Director", es un contemplativo de las maravillas que Dios va realizando en el corazón de los demás. En la edad de la sabiduría, el espíritu de contemplación y el sentido de Dios nos hacen sentir, con mayor fuerza que nunca, la miseria y el pecado del mundo -y nuestra propia mediocridad. Aun nuestra memoria ha adquirido el sentido de Dios, y miramos nuestro pasado evangélicamente. Somos más claramente consciente que todo ha sido misericordia y gracia, que no hemos sabido realmente agradecer, y que hemos respondido con indiferencia e infidelidades. La reparación personal por la oración y la ofrenda de nuestra vida, poniendo más amor en todo lo que hacemos, se nos convierte en necesidad de espíritu. Y nos hacemos igualmente más sensibles y responsables con respecto al pecado del mundo y a las indiferencias y frialdades ante Dios, su Cristo y su Amor. Ante todo esto, las actividades al servicio del Reino de Dios y los medios de acción propios de la evangelización se nos revelan como insuficientes. Y el sentido de Dios toma un nuevo aspecto: la llamada interior a hacernos seriamente redentores con Jesús "completando en nosotros y lo que falta a la pasión de Cristo en beneficio de la Iglesia" - y del mundo (Col. 1,24). Pero si la edad de la sabiduría es la más contemplativa del itinerario espiritual, eso no significa que sea pasiva o individualista. Por el contrario, en esta edad la relación con los demás alcanza igualmente una gran madurez evangélica, ya que en el cristianismo la contemplación es inseparable de la caridad fraterna en todas sus manifestaciones. Cuando san Juan de la Cruz escribe que "al atardecer de la vida nos juzgarán en el amor", está apuntando al verdadero buen vivir y a la más auténtica sabiduría de la vida. Nos está colocando en una de las cimas más altas de la sabiduría. Al hacernos más contemplativos, participamos más hondamente de la caridad del corazón de Jesús, como los sarmientos participan de la vida: Cristo es la fuente tanto de la contemplación como de la caridad. Por eso es un hecho de experiencia personal que en la edad de la sabiduría espiritual nuestra caridad fraterna adquiere dimensiones de ternura, de misericordia y de humanidad que sólo pueden venir del corazón de Jesús. De ahí que nunca como antes estemos en condiciones de progresar en una de las experiencias más fundamentales de la vida cristiana: la síntesis entre el amor a Dios y el amor al prójimo (Mt. 22,36-40). En nuestro camino cristiano, el logro de esta síntesis había sido una búsqueda ardua y permanente, continuamente amenazada tanto por nuestros pecados y mediocridades, como por las deformaciones de nuestro temperamento -que nos llevan a acentuar uno u otro de los dos amores desequilibradamente. Así, nos entregamos a la acción y a los compromisos cristianos olvidando la fuente del servicio y de la caridad fraterna, que es el amor personal a Dios con todo nuestro ser (Mc. 12,28-31). Y nuestros servicios fraternos terminan por hacerse esporádicos y por degradarse sus motivaciones evangélicas. O nos entregamos a una vida de fidelidad a las prácticas religiosas, olvidando que el amor a Dios, a quien no vemos, se verifica en el amor al prójimo a quien vemos (1 Jn. 4,20). El camino del equilibrio y de la síntesis es una forma de sabiduría cristiana, que ha logrado hacer de la experiencia de Dios una experiencia totalizante, a la vez religiosa y secular, transcendente y presente en toda la creación y en toda la condición humana. Hacerse contemplativo es hacerse capaz de experimentar a Dios en este mundo visible, en el que nuestros hermanos y hermanas son los objetivos privilegiados de su amor. La sabiduría espiritual nos ha dado la verdadera sabiduría de la vida y ante la vida. Inevitablemente, entonces, nos dará la verdadera sabiduría de la muerte, y ante nuestra propia muerte. Para el sabio, la vida y la muerte forman una unidad, en la que la muerte es la plenitud de la vida en la eternidad de Dios. Así, la vida prepara la muerte, y la muerte inspira la sabiduría de la vida. Una de las cimas de esta edad del espíritu es, pues, el sentido verdadero de la muerte. Cuando ésta está iluminada por la fe, entra a formar parte del horizonte habitual de nuestra vida. La muerte ya no es un hecho que hemos presenciado algunas veces, como algo exterior a nosotros. Por el contrario, se va integrando en nuestra espiritualidad. Como fruto de la sabiduría espiritual, la



muerte se hace familiar, no tanto porque con el transcurso del tiempo se haría más cercana, sino sobre todo porque se hace más intenso y familiar el deseo de la eternidad y la belleza de Dios, nuestro verdadero bien y nuestro verdadero gozo. Y las enseñanzas del Evangelio sobre la precariedad de la vida y la necesidad de prepararse para la muerte, dejan de ser una advertencia para convertirse en una inspiración. Toda cultura tiene ciertos tabús. También los tiene la cultura moderna. Para nuestros antepasados, el sexo era un tabú. Hoy ya no lo es, a lo menos en Occidente (lo cual no significa que la moral sexual haya mejorado); el tabú actual, en cambio, es la muerte. Un tabú en realidad imposible -la muerte no se puede ocultar, la muerte es un hecho habitual y, a veces, multitudinario- pero lo que es tabú no es la muerte de los demás, sino la propia muerte. En ésta no se piensa, no se le da un sentido religioso, no se prepara. No se habla de ella, salvo cuando es inminente. En estos casos, algo debe sin embargo suceder en el alma del destinado a la muerte. Tal vez en ese trance ya no es posible mantener el tabú. No siempre es fácil percibir con qué actitud profunda (no sólo aparente) enfrenta la muerte aquél que no es creyente o que no está seguro que hay vida eterna después de la muerte, y que ésta introduce en el juicio de Dios. Es más fácil saberlo y percibirlo con respecto a un creyente. Este tiene una actitud básicamente religiosa. Para un creyente cristiano, hay además una cuestión más profunda, que toca su espiritualidad y que suele ser un buen síntoma del estado de la misma. La podemos formular como una pregunta: ¿Cómo visualizo, cómo concibo y siento mi encuentro con Dios en el momento de mi muerte? La pregunta es también pertinente al margen de que mi muerte sea inminente o no; me la puedo hacer hoy o en cualquier momento de mi vida. En la respuesta a esta pregunta aflora la idea que yo me hago de Dios y de mi relación con él. Si pronto o más tarde, me encontraré con Dios de un modo claro y evidente, quedando ya atrás la necesidad de la fe, ¿cómo percibo este encuentro, que para mí es también un juicio? ¿Voy con el recelo que se tiene ante un juez o examinador, que me hará ver claramente mis faltas, mis omisiones, las incontables veces en que he despilfarrado su gracia y su amor? ¿Jesús me mirará con ojos de reproche o con ojos de ternura? Aun la gente espiritual no es ajena a estas preguntas, pues percibe más que otras las mediocridades, tibiezas e infidelidades con las que ha respondido a la predilección de Cristo. Por eso, aun la muerte del creyente puede dejar de ser lo que debe ser: un encuentro que siempre se ha esperado con ansia, un encuentro de dos personas que se han amado siempre, un momento de infinita liberación y gozo. La sabiduría espiritual no es el resultado de un esfuerzo personal, que podría confundirse con la adquisición de la sabiduría humana. Es el resultado de una creciente amistad con Dios, que proyecta su eternidad y su paz en el corazón de sus discípulos. La sabiduría genera la verdadera paz. Una paz arraigada en el fondo del alma, a pesar de una vida exteriormente agitada, azarosa o insegura: en el fondo del alma se ha creado un espacio, una "celda" inviolable, donde habita el Dios de la paz, al que se puede contemplar y acudir permanentemente. Esa paz de Cristo, tan diversa de la paz mundana (Jn. 14,27: "les dejo la paz, les doy mi paz, la paz que yo les doy no es como la del mundo, que no haya en ustedes ni angustia ni miedo") -va liberando al espíritu de las ambiciones mundanas. Estas ambiciones son una de las causas permanentes de la falta de paz, y su progresiva purificación hace crecer en libertad y pobreza interior. Ya no interesan las promociones, la competitividad, las vanidades, los logros "gratificantes"... la sabiduría nos hace comprender que lo único válido, lo único que deja y mantiene en paz, es hacer lo que Dios quiere y cuando él lo quiere. Y para esto, Dios se ha servido también de nuestros fracasos y desilusiones, que nos han ido enseñando a través de nuestra vida el valor de lo único necesario. Y esto es la cima de la sabiduría. Y es también la verdadera humildad, que al mismo tiempo es condición y fruto de la auténtica sabiduría del Evangelio. No sabemos si somos o no evangélicamente humildes, pues esta humildad no está en palabras, no es una "postura", no es un "logro" (si lo fuera no será humildad), y en cierto sentido tampoco es una virtud. La humildad cristiana es la convicción y la experiencia de que uno no tiene ninguna virtud. Una humildad así sólo puede darse como resultado de una luz de Dios, que nos hace comprender que sólo "El es"

y que nosotros "no somos", y que lo que somos, tenemos y hacemos, es siempre sostenido y renovado por El. Y así, en la cúspide de las edades del espíritu, descubrimos como sabiduría lo que tan sólo sabíamos como teoría: que todo es gracia, y que todo es misericordia. Y como Job podremos decirle al Señor: "Mis oídos habían escuchado de Ti, pero ahora mis ojos Te han visto" (Job 42,5).